

ANTONIO MACHADO EN VALENCIA

En los últimos libros que sobre don Antonio Machado han aparecido, al dar cuenta de la biografía del poeta, apenas unas pocas líneas sobre su estancia en Valencia durante la guerra civil. Quizá la razón de esta brevedad sea la falta de documentación. Sin embargo, sus meses en Valencia marcaron huella profunda en la vida y en la obra de don Antonio. Para ayudar a un conocimiento más completo de su biografía van estas páginas.

Ante los peligros a que estaban expuestos los que vivían en Madrid, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, ya instalado en Valencia, decide traer a esta ciudad a un grupo de «sabios e intelectuales». Debían llegar el día 24 de noviembre de 1936, por la noche. Así aparece la nota del citado Ministerio en *El Mercantil Valenciano* (25-XI-1936). Al día siguiente, el mismo periódico da cuenta de que no han llegado a causa de un accidente, sin especificarlo, durante el trayecto y que harán noche en el camino. Añade «Las autoridades enviaron sus coches al Puerto de Contreras, donde se dice ocurrió el accidente». *Fragua Social* (25-XI-1936) nos aclara el medio de locomoción: «Los sabios y literatos con sus familias salieron [de Madrid] en dos coches para Valencia.»

La llegada fue el día 25. Todos ellos fueron alojados en el ya desaparecido Palace Hotel, situado en la calle de la Paz, 27.

El día 26 aparece en algunos diarios (*El Mercantil Valenciano*, *Fragua Social*) una declaración de los intelectuales dando las gracias al Gobierno por haberlos traído a Valencia. Firman por este orden: E. Moles, A. Machado, P. del Río Ortega, Arturo Duperier, Medina-veita, Moreno Villa, Dr. Sacristán, J. Sánchez Covisa, Prados Such (1).

Don Antonio Machado en una entrevista, de la que luego daré

(1) Más tarde llega otra expedición de personalidades evacuadas de Madrid, entre las que figuran: Victorio Macho, Juan de la Encina, Orueta, José Capuz, Cristóbal Ruiz, hermanos Gutiérrez Solana, Domenchina y su esposa la poetisa Ernestina de Champourcin, Díaz del Moral... («Mercantil Valenciano», 4-XII-1936).

más amplia cuenta, aparecida en *Fragua Social* (19-XII-1936), declara sobre su venida a Valencia: «No creía merecer tanto —me ha dicho—. A no haber sido por este gesto del Gobierno, yo hubiera continuado allí... Consciente de que por mi edad y por mi salud quebrantada no podía colaborar directamente en lo que significa defensa de la ciudad, creía como un deber ineludible permanecer al lado de los que luchan, para compartir con ellos las penalidades de aquel asedio.»

Con don Antonio ha venido su madre, doña Ana Ruiz, su hermano José, su cuñada y sus sobrinos. El número es bastante crecido y quizá por eso o porque el poeta prefiere el aislamiento y la tranquilidad del campo se le da cobijo en un hermoso chalet incautado, «Villa Amparo», situado en Rocafort, pueblo cercano a Valencia y bien comunicado por un tren eléctrico. «Villa Amparo» es una amplia y bonita casa, con cuidado jardín, entonces también, con naranjos, situada en lo alto de una suave cuesta que va desde la estación del tren hasta el pueblo. Desde allí, desde las habitaciones del primer piso, que ocupaba la familia Machado, se ofrece un amplísimo panorama de la huerta en casi imperceptible declive hacia el mar, a unos 12 kilómetros. También las montañas están a ojo. Bordean unas partes del jardín de «Villa Amparo» —tupidos jazmines, rosales trepadores, frondosas madreselvas— la acequia Real de Moncada, con su grato ruido que el poeta cantará en sus versos:

MEDITACION

*Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
pajarita de cristal.
Ambar y berilo,
tras de la sierra lejana,
y el cielo, de porcelana
morada en el mar tranquilo.
Ya es de noche en el jardín
—¡el agua en sus atanores!—
y sólo huele a jazmín,
ruiseñor de los olores.
¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar!
Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¡estaré contigo,
cuando mirarte no pueda,*

donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta! (2).

Otras dos composiciones escribió sobre este paisaje valenciano: el soneto *Amanecer en Valencia. Desde una torre y Meditación del día* (3): «Frente a la palma de fuego / que deja el sol que se va, / en la tarde silenciosa / y este jardín de paz...», comienzo que nos da su sentir en la soledad tranquila del poeta en su retiro de Rocafort.

Su hermano José dibujó algunos aspectos del paisaje de Rocafort que ilustraron el libro de don Antonio *La guerra* (4).

El poeta, tan sólo sesenta y un años, está envejecido. En el citado libro *La guerra* hay un dibujo de él hecho por su hermano. El periodista José Luis, en el reportaje que ya he nombrado de *Fragua So-*

(2) Está fechada en Valencia, febrero, 1937. Publicada en la revista «Madrid». En el ejemplar de «La Guerra», que don Antonio regaló al poeta cubano Juan Marinello hay, autógrafo, este poema que presenta variantes:

Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Brilla Venus como una
pajarita de cristal.

De verde glauco berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana
morada en el mar tranquilo.

Ya es de noche en mi jardín
—el agua en sus atadores—
y solo huele el jazmín
que es ruiseñor de las flores.

Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalavivar...

Falta la estrofa final. Juan Marinello, «Primer año de Antonio Machado», publicado en «Romance», México, 1940, I, núm. 7, pp. 1-2. (Tomo estos datos y la transcripción del poema de Antonio Machado, «Obras, Poesía y Prosa». Ed. de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Buenos Aires, Losada, 1964, 2.ª ed.).

Las variantes son mínimas. Me inclino a creer que la versión autógrafa es anterior a la que figura recogida en los libros de poemas.

(3) Fechadas en Rocafort, marzo, 1937. Publicadas en «Hora de España», núm. XVIII. Barcelona, junio, 1938.

(4) «La guerra» / Dibujos de / José Machado / 1936-1937 / Espasa-Calpe, S. A. / Madrid, 1937 (116 pp.).

El índice contiene: «Los milicianos de 1936», «El crimen fue en Granada», «Apuntes» [Mairena], «Meditación del día», «Carta a David Vigodsky», «Al escultor Emiliano Barral», «Discurso a las juventudes unificadas».

Es una recolección de trabajos suyos publicados en su mayor parte. «Meditación del día» comienza con el poema «Frente a la palma de fuego / que deja el sol que se va...», seguido de un comentario político en prosa. Está fechado en Valencia, febrero, 1937.

Entre los dibujos de José Machado figuran varios de paisajes de Rocafort, uno de don Antonio y otro de Federico García Lorca.

cial (5), habla de la «salud, bastante delicada, del poeta», pero es el propio don Antonio quien da cuenta de ella en la *Carta a David Vigodsky* (6), fechada en abril, 1937:

«Mi querido y lejano amigo:

Con algún retraso me llega su amable carta del 25 de enero, que habría contestado a vuelta de correo, si mis achaques habituales no se hubiesen complicado con una enfermedad de los ojos, que me ha impedido escribir durante días.

En efecto, soy *viejo y enfermo*, aunque usted por su mucha bondad no quiera creerlo: viejo, porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí todavía poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de espíritu, si no es ello también otro signo de senilidad, de regreso a la feliz creencia de la dualidad de sustancias.» (7).

A mediados de enero de 1937 el admirado poeta y querido amigo Vicente Gao y yo fuimos a visitarle para que nos dedicara su libro

(5) «Nuestros reportajes. Unos minutos de charla con el eximio poeta Antonio Machado». Hay un fotograbado en el que aparece don Antonio, en la terraza de Villa Amparo, acompañado del periodista y de otro señor. De las preguntas que le hacen de tipo literario copio estas:

«—¿Preparaba algo para el teatro en aquel tiempo?

—Sí... Se trataba de una obra que tiene alguna relación con la lucha que se desarrolla en nuestro país... «El hombre que volvía de la guerra».

—Una pregunta, don Antonio: ¿y su hermano Manuel?

—En Burgos...

Ante el gesto de sorpresa que no sé reprimir, aclara:

—Marchó allí unos días antes del levantamiento, para solventar unos asuntos familiares, y allí le sorprendió la Revolución.

—¿Tiene noticias de él?

—No.

Un caza leal ejecuta durante un buen rato evoluciones arriesgadísimas a muy poca altura, describiendo círculos en torno al chalet. Esto aleja nuestra conversación de aquel tema desagradable. Ahora, sobre el yunque de nuestro diálogo, salta la figura de García Lorca.

—No puedo creer que haya sido asesinado —me dice— sin saber por qué, tengo la firme esperanza de que esa gran desgracia no se habrá consumado... El teatro de Federico no era revolucionario. Todo lo más que podían achacarle era que se nutría de la más pura cantera popular.

—¿Veía usted en él al renovador de nuestro teatro?

—Todavía no... La obra de García Lorca empezaba ahora a tomar bríos...

—¿Qué influencia ejercerá la Revolución en el teatro?

—Es de presumir que trastocará por completo los métodos al uso... Nuestro teatro se caía de viejo.

—¿Piensa usted cantar esta maravillosa gesta que estamos viviendo?

—Por ahora, no... Estamos demasiado cerca de ella... Lo grandioso necesita de la pátina del tiempo, para poder juzgarlo en todo su valor.»

(6) Esta carta se publicó en «Hora de España» (núm. IV) y en su libro «La guerra».

(7) En esta carta, entre muchas cosas, habla y valora la poesía de García Lorca y la de Rafael Alberti. Refiriéndose al poema que dedicó a Federico, dice «releyendo, cosa rara en mí, los versos que dediqué a García Lorca, encuentro en ellos la expresión poco estéticamente elaborada de un pesar auténtico, y además, un sentimiento de amarga queja, que implica una acusación a Granada...».

de *Poesías completas*, lo que muy amablemente hizo. Vicente Gaos, ocho años más tarde, escribió sus recuerdos de este encuentro (8) y sobre el aspecto físico de don Antonio dijo:

«Me sería difícil relatar la primera impresión de este encuentro. Desde luego la sensación inmediata fue la de encontrar a don Antonio mucho más viejo de lo que yo suponía, juzgando por dibujos y retratos recientes. Andaba encorvado y arrastrando los pies. El aliño de su persona era exactamente el «torpe aliño indumentario» con que él mismo se ha descrito. Véase en todo al hombre descuidado de sí mismo. Su cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros. Recuerdo que, para escribir, se puso unas gafas, mientras nos explicaba que ya no tenía vista suficiente para trabajar sin ellas.»

Juan Gil-Albert, con quien también fui en otra ocasión a visitar a don Antonio, en su libro de recuerdos *Memorabilia* (Barcelona, 1975, páginas 235-239) trata del poeta. Pormenoriza sobre su descuido: «el cuello sin abotonar, los cordones de los zapatos a medio anudar, el belfo caído; entrecánoso. Sobre sus hombros, a la luz del sol que entraba oblicua por los ventanales, se percibía depositado un polvillo blanco que, en aquellas alturas, en torno a la antigua testa creadora, hacía pensar, metafóricamente, en la lava de un volcán».

Por mi parte puedo decir que si es verdad que se presentaba así, en otras ocasiones vestía sin ese abandono, claro que no le preocupaba en absoluto que la ceniza cayera sobre su chaqueta o pantalones mientras fumaba. Siempre estaba fumando. Siempre que tenía tabaco, que no solía faltarle del todo.

Anteriormente a la visita con Vicente Gaos ya había visto a don Antonio. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes había organizado una Tribuna de Propaganda en la plaza, entonces, de Emilio Castelar. El día 11 de diciembre, a las cuatro en punto de la tarde, se inauguró con las intervenciones de don Antonio Machado, que leyó su poema a la muerte de García Lorca, y de León Felipe (9). De este acto hay fotografías de Machado.

Creo que éste fue el único acto, y el de la clausura del Congreso Internacional de Escritores, en el que intervino personalmente, pues

(8) «Recuerdo de Antonio Machado. El recuerdo de las horas inolvidables», en «El Español», 6 de enero, 1945.

(9) De León Felipe se podría contar curiosas anécdotas. Se presentó en Valencia con un suntuoso abrigo de cuello de costosa piel. Su elegancia, tan extemporánea en esos momentos valencianos en los que llevar corbata era un riesgo peligroso, aunque algunos valientes la llevaban (Cernuda, García Gómez, Navarro Tomás...), le hizo sospechoso a unos milicianos que le tiraron de la barba pensando que era postiza. Por lo menos eso contó. Tuve amistad con él. Me lo presentó mi maestro don Dámaso Alonso. Conservo el ejemplar que me regaló. dedicado, de «La Insignia. Alocución poemática». Valencia, 1937.

en otras ocasiones, cuando se solicitaba su colaboración, mandaba unas cuartillas. Sobré la poca oportunidad de mezclar a don Antonio en festejos, protestó J.[uan]G[il]-A.[albert]: «Mucho podríamos lamentar también de otro tipo de actos benéficos o de propaganda, en los que la mezcolanza que preside su organización es irritante, como aquel en que unas cuartillas de Antonio Machado fueron leídas entre cupletistas y absurdos *tríos*, cuando, además, el organizador se llama Jacinto Benavente» (10).

Bastantes fueron las veces que visité a don Antonio en «Villa Amparo». Siempre que reunía tabaco negro, afanosamente buscado por mí o escamoteado clandestinamente a mi buen padre, gran fumador, también, iba a verle. Tal obsequio era recibido siempre con felicidad por don Antonio, que inmediatamente liaba cigarrillo tras cigarrillo mientras mis manos, debajo de las suyas, recogían el tabaco que se le caía, pues liaba el pitillo con poca destreza quizá por el temblor de sus manos. El tabaco salvado por mí iba a parar a un bolsillo de su chaqueta.

Mis visitas procuraba que coincidieran con las que le hacían sus amigos de siempre, ya que entonces la conversación tenía un interés mayor por los temas que tocaban. Estos amigos eran principalmente el actor Ricardo Calvo, persona encantadora, y, sobre todo, el admirable, culto y bondadoso don Xavier de Winthuysen, con el que mantuve cordial amistad hasta su muerte. ¡Qué singular y gran tipo humano! También de él se podrían contar sabrosas cosas.

En una ocasión se habló del General Moscardó y su defensa del Alcázar. Don Antonio mostró admiración ante el heroísmo del ilustre militar. Dijo que estaba dentro de la tradición española, con Numancia, Sagunto, Guzmán el Bueno, aunque a éste —lo dijo sonriendo— le sobraba el gesto teatral de arrojar el puñal para el sacrificio del hijo. Eugenio d'Ors, en una de sus *Glosas*, también hace la misma observación. Otra vez tuvo cordial discrepancia sobre la opinión peyorativa de don Manuel Azaña sobre los refranes y de quienes los utilizaban, pues, así, se evitaban el pensar por cuenta propia. Salió a relucir Sancho Panza, tan diestro y sabio en refranes, y Don Quijote, tan poco hábil en usarlos y tan celoso, por eso, de su escudero. Hablando del carácter andaluz contaba la historia de un señor de aquellas tierras que teniendo que pintar la fachada de su casa se presenta

(10) En «Hora de España». También valdría la pena de escribir largo sobre don Jacinto Benavente en su período valenciano. Se le veía con mucha frecuencia por las calles y sin parar, interviniendo en cuantos actos se pedía su colaboración. El miedo que tenía era inmenso. Pertenecía, mejor, tenía carnet de la C. N. T. En una ocasión, Dámaso Alonso y yo nos lo encontramos en el tranvía de Puebla Fanals, acompañado de su secretario, y con unos reducidos sacos, como nosotros, de verduras y patatas.

en la del vecino que vivía frente a él, y a quien no conocía, para que le dijese de qué color quería que la pintase. El tal vecino, sorprendido, le responde: «Pero si la casa es suya.» «Sí —contesta—, pero es usted el que tendrá que aguantar el color y quiero uno que sea de su gusto.» Esto, añadía con satisfacción, sólo puede ocurrir en Sevilla. Creo recordar, la memoria falla, que algo semejante lo he leído en un libro de Ortega y Gasset.

Xavier de Winthuysen contó una anécdota que se le atribuía a don Jacinto Benavente, que hizo reír a don Antonio y que no comentó. Se decía que le habían preguntado a Benavente, en la intimidad, claro está, «¿qué le parecen las bombas que nos dejan caer los aviones nacionalistas en Valencia?» El dramaturgo contestó: «más miedo tengo a las que suben por las escaleras»; aludía a las angustiosas visitas de los incontrolados.

De poesía se hablaba poco. Una vez fue sobre Juan Ramón Jiménez, de su casi manía de corregir sus versos una y otra vez. Esos versos que ya habían sido publicados hacía bastante años. Don Antonio calificó tal actitud de heroica, pues, según él, para corregir un verso es preciso volver al clima espiritual y poético en que se escribió. No era cuestión de gramática, vocabulario y crítica objetiva. Se admiraba sinceramente de tal esfuerzo y, añadía, que él jamás había vuelto la vista, en afán corrector, a ninguno de sus poemas. Esto también lo había escrito (11) y sabemos que no es verdad del todo.

Con humor y manifiesta exageración, me decía una vez que su pronunciación inglesa era muy particular, pues cuando él diptongaba una vocal los ingleses no lo hacían y viceversa. En cuanto a traducirlo no tenía dificultades. En sus escritos hay algunas citas en inglés tomadas de Shakespeare. También algunas traducciones, como la del soneto que comienza *When my love swears that she is made of truth...* De su versión dice Machado: «No es exactamente lo que dice Shakespeare; pero léase atentamente el soneto y se verá que es esto lo que debiera decir» (*Los complementarios*, fol. 119. Ed. crítica de Domingo Ynduráin. Madrid, Taurus, 1971). En cuanto a la cita que toma de *Macbeth*, en «Coplas»; *thou shalt be king, all hail!*, en el texto de Shakespeare es: *All hail! Macbeth thou shalt be king hereafter*, cree, y es muy posible. Oreste Macrí, tan seguro conocedor de la obra de Machado, que nuestro poeta citó de memoria (*Poesie, di Antonio Machado*, Milano, Lerici, 1969, 3.^a ed., p. 1272). También cabe suponer si hizo consciente esta alteración por razones de métrica, de asonancia:

(11) Véanse mis ediciones de «Soledades» (Madrid, Taurus, 1974, cuarta edición) y «Campos de Castilla» (Madrid, Taurus, 1974, segunda edición).

Sobre la maleza,
las brujas de Macbeth
danzan en corro y gritan:
¡tú serás rey!
(thou shalt be king, all hail!)

En las conversaciones, especialmente cuando eran entre gente desconocida, don Antonio tenía frecuentes momentos de ausencia —¿Guiomar? (12) ¿Su hermano Manuel?—. Para esas ocasiones y salir del apuro usaba dos palabras que le salvaban. Si se hablaba de la guerra, de los fascistas, salía «con mano dura». Si eran poetas, que le pedían su opinión sobre sus versos, «muy fino, muy fino». Eran libros que le habían mandado o llevado y que, muy posiblemente no había leído. Una de las veces, sentados una tarde en el jardín de la casa, llegó un poeta. El poeta era revolucionario y habló de la guerra. Don Antonio se ausentó de la conversación y cuando el vate, cambiando de tema, le interpeló directamente sobre qué le habían parecido sus sonetos, la respuesta, rápida y contundente, fue: «mano dura, mano dura». Ante el asombro que contempló en la cara del lírico-heroico, súbitamente y dulcificando la voz, dijo: «muy fino, muy fino».

Una mañana, estando los dos solos, le dije que por casualidad al manejar la radio me había salido Burgos y, casualmente, estaba su hermano Manuel hablando. Cambió, un poco desazonado, la conversación sobre otros temas. Yo me di cuenta de que había estado inoportuno. Esta vez, al despedirme, me acompañó hasta la cancela del jardín. Al despedirnos me preguntó: «Sólo por curiosidad, ¿qué decía mi hermano?» Estaba leyendo —dije— unos sonetos patrióticos, uno de ellos dedicado al general Franco. No hizo ningún comentario (13). Me despidió con hasta pronto.

La labor literaria de don Antonio en Valencia no fue considerable. Ciertamente colaboró en la *Hora de España* (14) desde su comienzo hasta el último número, ya en Barcelona, que quedó sin salir. Pero, creo, que la mayoría de estos trabajos los tenía ya escritos antes de llegar a Valencia y los iba dando poco a poco: Todos los versaban sobre Juan de Mairena. Doy la lista de esta colección en la *Hora de España*.

(12) Recuérdese el soneto que comienza: «De mar a mar entre los dos la guerra...», escrito en Rocafort, marzo, 1938.

(13) En 1942 visité un par de veces a don Manuel Machado, motivadas por el número que le dedicaba la revista «Cuadernos de literatura contemporánea», de la que yo era secretario. Le conté justamente esto.

(14) Estos trabajos se encuentran reproducidos en la edición de las obras de don Antonio citada en la nota (2) y traducidos en Antonio Machado, «Prose». Traduzione e note di Oreste Macrí e Elisa Terni Aragone. Lerici editore. Roma, 1968.

- I. Valencia, enero, 1937: «Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín», pp. 7-12.
- II. Valencia, febrero, 1937: «Sigue hablando Mairena a sus alumnos», pp. 5-10.
- III. Valencia, marzo, 1937: «Sigue hablando Mairena a sus alumnos», pp. 5-12. (En este número aparece una crítica de *Juan de Mairena* firmada por R.[afael] D.[ieste], pp. 56-57.)
- IV. Valencia, abril, 1937: «Carta a David Vigodsky».
- V. Valencia, mayo, 1937: «Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena», pp. 5-12.
- VI. Valencia, junio, 1937: «Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena», pp. 5-10.
- VII. Valencia, julio, 1937: «Habla Juan de Mairena a sus alumnos», pp. 7-12.
- VIII. Valencia, agosto, 1937: «Discurso sobre la defensa y la difusión de la cultura». Discurso pronunciado en Valencia en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Escritores, pp. 12-19. (Figura en este número un dibujo de don Antonio Machado hecho por Ramón Gaya.)
- IX. Valencia, septiembre, 1937: «Sobre la Rusia actual», pp. 5-11.
- X. Valencia, octubre, 1937: «Algunas ideas de Juan de Mairena sobre la guerra y la paz», pp. 5-12.
- XI. Valencia, noviembre, 1937: «Miscelánea apócrifa. (Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena)», pp. 5-9.
- XII. Diciembre, 1937: «Miscelánea apócrifa. Palabras de Juan de Mairena», pp. 5-11 (En este número una crítica de María Zambrano al libro *La guerra* de Antonio Machado.)
- XIII. Barcelona, enero, 1938: «Miscelánea apócrifa. Notas sobre Juan de Mairena», pp. 7-16. (Este trabajo está fechado en Valencia el 3 de diciembre de 1937.)
- XIV. Barcelona, febrero, 1938: «Miscelánea apócrifa. Habla Juan de Mairena a sus alumnos», pp. 5-10.
- XV. Barcelona, marzo, 1938: «Miscelánea apócrifa. Notas y recuerdos de Juan de Mairena», pp. 5-11. (Está fechado en Valencia, febrero, 1937.)
- XVI. Barcelona, abril, 1938: «Notas y recuerdos de Juan de Mairena», pp. 5-10.
- XVII. Barcelona, mayo, 1938: «Sobre algunas ideas de Juan de Mairena», pp. 5-9.
- XVIII. Barcelona, junio, 1938. Contiene las siguientes poesías: «La primavera», «El poeta recuerda las tierras de Soria», «Amanecer en

Valencia (desde una torre)», «La muerte del niño herido» y cuatro sonetos sin título: *De mar a mar entre los dos la guerra...*, *Otra vez el ayer. Tras la persiana...*, *Trazó una odiosa mano, España mía...*, *Mas tú, varona fuerte, madre santa...* (Todos estos poemas están fechados en Rocafort, marzo, 1938. El soneto, que sigue, «A Líster» y la cuarteta «A Federico de Onís», en Barcelona, junio, 1938.)

También fechado en Rocafort, 1937, «Alerta, Himno para las juventudes deportivas y militares», que se imprimió en una tarjeta tamaño postal.

En el mes de abril de 1938 se traslada a Barcelona y sigue publicando, sin fallar en un solo número, en la *Hora de España*. El último, que quedó compuesto y sin salir, también contenía un trabajo suyo (15).

Año y medio, y unos días, permaneció don Antonio en Valencia (16), aunque para ser más exactos habría que decir en Rocafort, pues muy contadas veces, como hemos dicho, vino a la ciudad a pesar de la gran cantidad de escritores amigos y admiradores suyos que en Valencia, ciudad, había. O quizá por eso. En Valencia estaban Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, León Felipe —su gran amigo—, Emilio Prados, José María Quiroga Pla —recluido en un sanatorio—, J. Moreno Villa, Miguel Hernández —en algunas ocasiones—, Antonio Sánchez-Barbudo, Rafael Dieste, Serrano Plaja, José Bergamín, etc., y los valencianos Juan Gil-Albert y Pascual Pla y Beltrán (17). También Dámaso Alonso, catedrático entonces de la Uni-

(15) Era el núm. XXIII, noviembre, 1938.

(16) Don Antonio, según nos dice (en la conocida Antología de Gerardo Diego), en los viajes que hizo por España de 1903 a 1910, visitó Valencia, entre otras ciudades, pero nada escribió de ella. Tan sólo, que recuerde, aparece vinculada al Cid: «... cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía, / ufano de su fortuna y su opulencia, / a regalar a Alfonso los huertos de Valencia», «Campos de Castilla», XCVIII.

(17) Me ha sido imposible consultar el trabajo de Pascual Pla y Beltrán, «Mi entrevista con Antonio Machado», en «Cuadernos americanos», LXXIII, 1954, pp. 233-8.

Rafael Alberti, en su libro «Imagen primera de...» (Madrid, Turner, 1975, pp. 55-57), al dar su imagen de don Antonio dedica un breve y entrañable recuerdo a la última vez que le vio, que fue en Rocafort. Copia el poema «Ya va subiendo la luna / sobre el naranjal...». De su estado de ánimo, nos dice: «Mas, como siempre, a él, en apariencia, nada se le transparentaba. Estaba más contento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus hermanos y aquellos sobrinillos, de todas las edades, que le querían y bajaban del brazo al jardín, dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo. Desde los limoneros y jazmines —¡oh, flor y árbol tan puros en su verso!— cercana, aunque invisible, la presencia del mar Mediterráneo, Machado veía contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia, bajo el constante moscardoneo de los aviones de guerra».

El admirado Rafael Alberti —que tomó el nombre geográfico valenciano de Aitana, para su hija— comete una equivocación al decir que la presencia del Mediterráneo era invisible. La mancha azul o morada del mar, en el horizonte cercano, se veía y ve perfectamente bien desde Rocafort. Don Antonio no inventaba sino que veía la riqueza de atenuados colores del atardecer de Rocafort:

Ambar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana
morada en el mar tranquilo.

versidad de Valencia. Esta incompleta nómina de poetas podría completarse con la de profesores, músicos, pintores, escultores, médicos, escritores, dramaturgos, actores y actrices, y no sé cuántas profesiones más residentes en Valencia durante el año y medio en que fue capital de la España republicana. Este intenso período de actividad, la historia de Valencia en ese año y medio, merece un detenido estudio, que todavía no se ha hecho ni siquiera abarcando algunos aspectos. Y son muchos. Juan Gil-Albert, en el libro de memorias citado, *Memorabilia*, ha evocado, con pericia y perfecta prosa, a los escritores que tuvieron relación con él.

La historia se repite, si no exactamente, en los matices y, a veces también en ellos, en lo fundamental. El período nacional-valenciano 1936-1938 tiene mucho de común con el de 1812-1814. Los intelectuales, los políticos afrancesados salieron de Madrid, en viajes penosísimos, para buscar en Valencia mejor protección y si las cosas se ponían peor, como se pusieron, alcanzar la frontera francesa. Los que la lograron (18). Lo mismo para nuestros últimos exiliados, con el paréntesis barcelonés. Pero Valencia les caló en lo afectivo. El temeroso e ilustre don Leandro Fernández de Moratín, también con sus años, cincuenta y dos, llega a Valencia, le encanta la ciudad y vive en ella un año más, y después unos terribles días, bajo la tiranía del general Elío, para dar cuenta de su actuación y presentar el papeleo de la necesaria purificación, como así se llamaba. Luego de su permanencia en Barcelona, marcha a Francia. En carta suya (Burdeos, 22 diciembre, 1824), cuatro años antes de morir, escribe: «... me iré a pasar la estación primaveral y la estival a una hermosa hacienda (no mía) en un delicioso país que dista de aquí dos horas de coche. Casa, cuartito cómodo, gallinero, vacas mugientes, pintadas, con grandes manchas pardas sobre fondo blanco, jardín, huertecillo, viña, arboleda sombría, bosque delicioso, que atraviesa un riachuelo a quien he puesto por nombre Guadalaviar, a causa de que en la lengua del país se llama *Eau blanche*: todo esto, y hermosos prados, vistas alegres de montecillos y alquerías...» No era sólo, creo, el llamar al riachuelo francés con el nombre del río de Valencia por la identidad de la denominación de ambos sino que le venía a la memoria una tierra que, en un momento desesperado de su vida, pensó hacerla suya hasta la muerte. En esa primorosa descripción del paisaje que nos da del campo francés, que tanto se asemeja a las del admirable *Azorín* ¿no parece que nuestro desterrado busca para su temporal

(18) Sobre el dulce Batilo, por ejemplo, véase la espléndida obra de Georges Demerson, «Don Juan Meléndez Valdés et son temps», París, Klincksieck, 1961, y su traducción al castellano, Madrid, Taurus, 1971.



Jose Muckado
1987



Dibujo de Ramón Gaya.



Villa Amparo.



La acequia Real de Moncada, bordeando las tapias del jardín de Villa Amparo.



La torrecilla de Rocafort. (Dibujo de José Machado.)



*La huerta de Rocafort; al fondo, el mar.
(Dibujo de José Machado.)*



1970 Machado

Paisaje de la huerta, con la acequia; al fondo, las montañas. (Dibujo de José Machado.)

retiro y para su paz un rincón gemelo al campo valenciano que él tan bien conocía y gustaba? (19).

Don Antonio Machado, además de cantar el campo valenciano y la ciudad con una hermosa perfección que le pone a la cabeza de los poetas que han poetizado sobre la tierra valenciana, la Hermanó en su recuerdo nada menos que con Soria y sus tierras. Así lo dijo y afirmó un hombre tan sincero como él:

*Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
jestaré contigo,
cuando mirarte no pueda,
donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta!*

RAFAEL FERRERES

Paseo de la Ciudadela, 13
VALENCIA-4

(19) Véase mi trabajo «Moratín en Valencia (1812-1914)», en «Revista Valenciana de Filología». Valencia, VI, 1959-62, págs. 143-209. Y la admirable edición a cargo del hispanista René Andioc del «Epistolario de Leandro Fernández de Moratín». Madrid, Castalia, 1973. Azorín, «Moratín en Valencia», «ABC», 16 septiembre, 1962.